

condicion, aunque este casamiento le alejara de la carrera eclesiástica; y por lo mismo, de la carrera del honor, la dignidad y la riqueza en aquella época. Muerta su mujer al año de casamiento, encerróle tamaña desgracia en sí mismo; este ensimismamiento en la ciencia, y esta ciencia le alzó á doctor en teología, profesor, predicador y examinador de la Universidad. Un dia, que iba de viaje, topó de manos á boca con el confesor y el secretario de Enrique VIII. Habláronle estos del divorcio, cuestion que embargaba todas las inteligencias, asunto que llenaba todas las conversaciones, objeto de la general curiosidad; y Cranmer dijo que, en vez de buscarlo en los cardenales de Roma, debía buscarse en los catedráticos de las Universidades el término de este litigio, y que, en vez de apoyarlo en el derecho canónico, debía apoyarse en la misma palabra divina. Refiriéronle secretario y confesor á Enrique VIII tal diálogo; y el Rey lo mandó comparecer en su cámara y le encargó de la memoria que debía resolver la cuestion de su matrimonio.

Cranmer fué, pues, elevado á las primeras dignidades eclesiásticas, á fin de que encontrara en la teología y en la Iglesia una sentencia mas ó menos válida, que disolviese el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragon y sancionase el matrimonio de Enrique VIII con Ana de Boleyn. El hábil teólogo comenzó por abrir una consulta teológica. Ochenta y seis teólogos fueron consultados, y setenta se declararon por el divorcio. El viérnes 23 de mayo de 1533 dióse por fin la sentencia, declarando el matrimonio de Catalina con Enrique nulo por expresamente contrario al texto imperativo de las divinas leyes. A consecuencia de esto se declaró legítimo el matrimonio de Enrique con Ana, bastardos los hijos de Catalina, desterrada esta de la corte y destituida de su carácter de esposa y Reina. En cuanto el Papa supo todas estas determinaciones anuló solemnemente la sentencia de Cranmer y excomulgó á los nuevos cónyuges conjurándolos á separarse de hogar y lecho. El 23 de marzo pronunció la validez del matrimonio disuelto en Inglaterra y el 25 llegaba un correo inglés con fórmulas de acomodamiento. Ya era tarde. Una revolucion de palacio acababa de destronar al Papa y erigir en su lugar al Rey, que, sin declararse amigo de la doctrina de Lutero, se declaró cabeza de la Iglesia de Inglaterra.

Todos estos accidentes destruyeron la salud de Catalina de Aragon, y

minaron su vida. La inteligencia no pudo arder y brillar tanto, la voluntad combatir con tanta fuerza, sin que se quebrase el cuerpo y se consumiese la vida material. Sintiendo aproximarse la última hora, rogó que le permitieran abrazar á su hija. Este último consuelo, fuéle cruelmente negado por su brutal esposo. A pesar de todas estas tiranías, Catalina le escribió á la hora de morir, enviándole su perdon. Enrique, al recibir esta carta, lloró tiernamente, quizás por única vez en su vida. Despedida de todo cuanto la uniera con el mundo, recibió los últimos sacramentos, porque tan tenaz al defender su fe de cristiana como al defender su dignidad de esposa, no accedió nunca, ni bajo las mayores intimidaciones, á reconocer la autoridad suprema, que en la Iglesia británica se arrogara Enrique VIII en detrimento de la autoridad soberana del Pontífice. A las dos de la tarde del 7 de enero de 1536 voló de la tierra al cielo aquella verdadera mártir. En la minuciosidad de su vida la hija de los Reyes mas poderosos del mundo, la infanta del mayor Imperio conocido en la historia, declaró al morir que debía por el abandono en que la dejaron, hasta la cuenta de su lavandera. Engendrada entre las victorias de Andalucía, nacida entre los esplendores de Alcalá, criada entre los ensueños de la Alhambra, hija de madre tan tierna como Isabel la Católica, princesa de Imperio tan vasto como España, tia de Carlos V, esposa de Reyes, pasó hambre, desnudez, frio, miseria y llevó sobre su corazon una corona de espinas, las cuales penetraron mas hondamente en sus carnes al peso de la corona de oro que llevaba sobre su cabeza.

Su rival no fué menos desgraciada que ella. Uno de los pretextos dados por Enrique para cambiar de mujer era que no le daba Catalina un heredero. Esperaba, pues, que Ana Bolena le diese un hijo en su primer parto, y Ana le dió una hija. Esto la contrariaba terriblemente y le hacia temer que el Rey volviese á su primera mujer, en tanto grado, que al recibir la nueva de la muerte de esta, como estuviese lavándose las manos, regaló á quien le dió el primer parte de tan grave suceso el jarro de oro de donde habia vertido el agua, joya de subido precio. Mientras Enrique vestia hipócritamente luto de hermano, mostraba Ana su júbilo vistiendo de amarillo. En efecto, hasta entonces no se habia creído Reina. Mas no cayera la infeliz en mal infierno, cayendo en el corazon de Enrique VIII. Todo cuanto habia hecho sufrir á

Catalina, lo sufrió ella tambien. La jóven y hermosa Juana Seymour suplantóla en las tornadizas preferencias del monarca. Un dia que entró en la cámara de Enrique VIII, como la encontrara sobre sus rodillas asentada, tuvo tal dolor que malparió el príncipe encerrado á la sazón en su vientre, lisonjera esperanza de la monarquía, seguro de su propio poder é influencia. La convicción, avivada por este suceso en el Rey Enrique, de que no podría darle Ana un nuevo infante, esta persuasión terrible se hallaba henchida de mil sentencias de muerte. Y Ana, para distraer sus melancolías, no encontraba otro remedio sino aumentar sus ligerezas. Decíase de público, y se divulgaba en todas partes, que hasta un músico y cantor de callejuela habia manchado por dos veces el régio tálamo de Inglaterra. La calumnia iba tan léjos que le imputaba incestuosos amores con su hermano Jorge. Tres amantes le designaba el rumor público y Enrique nombró una comision misteriosa encargada de averiguar lo que el rumor público tuviese de fundado. Pues bien, á uno de los mas designados, dióle Ana en ocasion solemne, y á vista de la corte, imprudente prueba de distincion, que fué causa principal de su ruina. Llamábase este Norris, y sostenia con Rochefort singular combate caballeresco en régio torneo. Al salir de una de las luchas, que mas esfuerzos le costara, dejó caer, ó por inadvertencia ó de grado, la Reina su pañuelo, que recogió Norris, y se lo devolvió en la punta de su lanza, despues de haberlo besado. El Rey, al ver esto, abandonó furioso el balcón real, no sin haber lanzado una mirada de muerte sobre el rival preferido y la mujer adúltera. Norris fué preso al salir del torneo cerca de Westminster, Ana embarcada en una lancha y conducida á la torre de Lóndres, en cuyo calabozo cayó su hermosa cabeza cortada por la cuchilla del verdugo. De milagro no asistió su padre al tribunal, que la condenara, mas asistieron sus próximos deudos y votaron á una su muerte. Así concluyó la mujer cuyas gracias engendraran el cisma de Inglaterra.

CAPÍTULO IV

CARÁCTER GENERAL DE LA REVOLUCION RELIGIOSA EN SUIZA Y CARÁCTER PARTICULAR DE ULRICO ZUINGLIO

La revolucion religiosa en Alemania, ligada con los reyes, tuvo un carácter semi-monárquico; y producida por los reyes en Inglaterra un origen esencialmente monárquico tambien. La educacion de Juan de Sajonia y las pasiones de Enrique Tudor contribuyeron mucho mas al movimiento germánico é inglés que las ideas de los grandes reformadores. No así en Suiza. El pueblo llenaba desde los comienzos de su independencia el magnífico escenario de los Alpes, y la República, si quier en unas partes tuviese complexion feudal y en otras partes complexion democrática, evitaba, con la virtud intrínseca de sus instituciones, que un solo hombre pudiera disponer á su antojo de la conciencia nacional. Aparte de esta capital diferencia entre una y otra revolucion, existen algunas de muy alta calidad y muy idóneas para separar en dos hemisferios el espíritu protestante, el hemisferio propio de las naciones monárquicas y el hemisferio propio de las naciones republicanas. La Reforma de Lutero aparece con todas las señales de un combate; y la Reforma de Zuinglio aparece con todas las señales de una afirmacion. Proviene el movimiento religioso aleman, presidido por el doctor Martin, del corazon; y el movimiento helvético, encabezado por el doctor Ulrico, proviene de la lógica. Obligado aquel á considerar al Emperador, á los electores, á tantos príncipes y caballeros feudales como rodean su obra y en su desarrollo intervienen, hállase completamente incapacitado, en tal dédalo de compromisos, para considerar tan solo como Zuinglio el sol de las ideas frente á frente y cara á cara. La obra del revolucionario germánico se complica con cuestiones